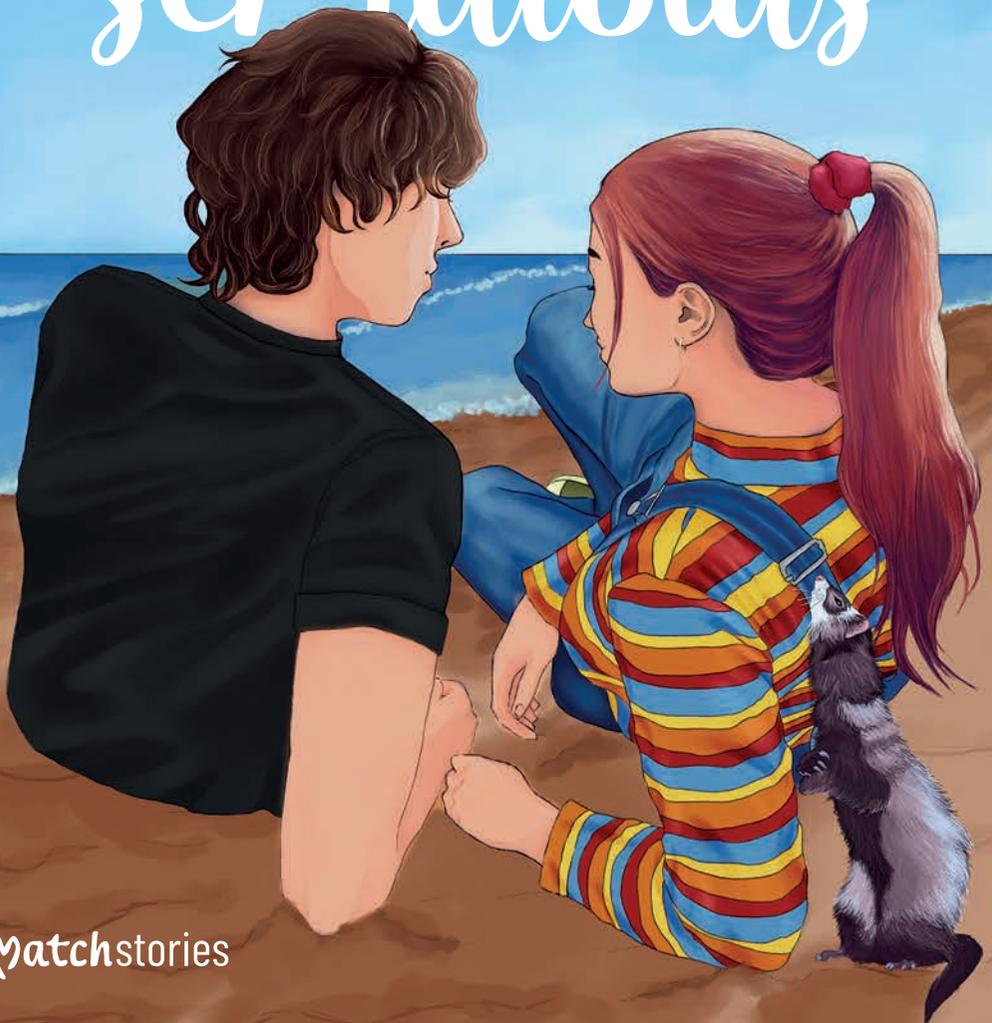


Ona Spell
Hasta que
dejemos de
ser idiotas



Hasta que dejemos de ser idiotas

Ona Spell

 matchstories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Ona Spell, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

Primera edición: abril de 2023

ISBN: 978-84-08-27060-7

Depósito legal: B. 4.365-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

El arte infravalorado



Lena Rose

Dormir siempre ha sido un arte infravalorado. Prometo que es la octava maravilla del mundo. Cerrar los ojos, imaginar rincones remotos y sentir que todo está bien. Que nadie puede hacerte daño. Eso creía antes de que la estrepitosa alarma empezara a sonar a las seis de la mañana y yo cayera de bruces en el suelo. Comenzaba el día genial: con un leñazo en la cabeza y un funcionamiento cerebral disminuido.

Adiós, neuronas. Hola, primer día de clase.

Me levanté del suelo, no sin antes confirmar apuradamente que mi pie derecho era el primero que pisaba el mármol. Un escalofrío me recorrió la espalda. No quería empezar también con una racha de mala suerte, aunque sabía perfectamente que los científicos no aprobaban dicha teoría. Sin embargo, ¿habían tenido en cuenta la ley de Murphy?

El ruido de la ducha terminó de despertarme. Ruido blanco. Repetí por centésima vez, bajo los chorros del agua, la presentación del trabajo de Biología que me tocaría hacer aquel día. Blanca, mi profesora y tutora, había decidido que yo sería la primera en exponer, porque si había algo que todo el instituto Rodoreda sabía era que Lena Rose era la estudiante más aplicada y sobresaliente.

Vamos, lo que también se conoce como «empollona tocapelotas» o «el ojito derecho de los profesores».

Repetí el discurso, otra vez, mientras peinaba mi cabellera zanahoria; otra vez, mientras me vestía con un jersey de lana rosa y unos pantalones

de pana turquesa; otra vez, mientras desayunaba una taza de Cola Cao y me ahogaba.

—Como vuelvas a repetir una vez más esta mierda de trabajo, te juro que seré yo quien te ahogue con mis propias manos —confesó un somnoliento Marcos mientras me daba palmaditas en la espalda.

—En primer lugar, si quisieras matarme deberías estar más despierto —protesté.

Marcos era dos años menor que yo y, efectivamente, era guapísimo. No es que fuera mi hermano, que también, sino que era la purísima verdad.

Él había salido a mi madre, rubio y con unos ojos tan añiles que parecían poder leer el alma a cualquiera. Un aspecto físico tan atlético que siempre me pregunté si no hacía sentadillas sonámbulo. Y, según mi abuela, siempre había tenido un gusto exquisito para la moda. Un poco pijillo para mi gusto.

Me miré a mí misma. No estaba descontenta con mi genética. Aunque mis cabellos pelirrojos hacían que me pareciera más a Pippi Långstrump que al mismísimo Thor.

—No querrás ponerme a prueba, ¿no? —refunfuñó.

Negué con la cabeza mientras le lanzaba un beso al aire. Miré el reloj. Las siete y cuarto. Ahogué un grito, llegaba tarde. Me lavé los dientes durante los dos minutos que aconsejaban los expertos, me puse las zapatillas y salí de casa estrepitosamente, con mi mochila colgando.

Mientras bajaba en el ascensor, más viejo que Matusalén y que solía crujir con cada sacudida, eché un ojo dentro de la mochila confirmando que, efectivamente, tenía todas mis cosas allí dentro.

Esa bolsa siempre había sido un tesoro para mí. ¿Qué me podía aportar un trozo de tela salpicada de barro, arañada y más gris que azul? La respuesta era simple: todo y más. Si había una frase que solía aparecer a menudo en mi cabeza era que las cosas simples siempre terminan siendo las que más nos representan.

¿Acaso no tenía mis auriculares amarillo canario allí dentro? O mi tupper rojo, repleto de las torrijas que doña Cecilia solía hacerme los fines de semana y que se acababa comiendo Oliver, mi mejor amigo.

Por no hablar de *Nube*, mi querida agenda de tapa dura. Bien. Lo

acepto. Soy una pecadora. La gente bautiza sus coches y sus motocicletas; yo bauticé mi agenda con el nombre de *Nube*. Jamás iba a ningún lado sin ella. *Nube*, al igual que un regalo, era el envoltorio de toda mi vida.

Salí a la calle y me abroché la chaqueta. El barrio comenzaba a llenarse de vida. Barcelona se alzaba imponente, con las farolas iluminando aún las heladas calles y el viento ululando entre los plataneros. La noche seguía vertida sobre nosotros, apagándose a cada paso que daba y abriéndose en un amanecer cargado de nubarrones que anunciaban tormenta.

Me até bien la bufanda mientras miraba de reojo los edificios que iban apareciendo en mi camino. Amarillo, blanco, amarillo, azul y amarillo. Si de algo carecían aquellas avenidas era de una gran originalidad.

En algún momento vi reflejada en un cristal una cabellera morena cerca de mi portal. Supe al momento que se trataba de Noel, mi vecino idiota y, aún peor, mi compañero de clase. Me puse la capucha y entrecerré los ojos, como si el hecho de no verlo significara que él había desaparecido. «No lo veo, no existe; no lo veo, no existe.» Él subió en su destartalada moto y se fue en un pestañeo. Lo maldije interiormente; qué suerte tenía de no verse obligado a utilizar sus odiosas largas piernas para llegar al instituto.

Suspiré y me centré en mi camino. Doscientos treinta y cuatro pasos hasta casa de Oliver, mi mejor amigo. Doscientos trece si iba rápida. Doscientos cincuenta y dos si iba lenta. Los había contado tantas veces que ya me los sabía de memoria. Intenté no pisar las líneas del suelo mientras susurraba, una y otra vez, el maldito proyecto de Biología.

Cuando llegué a la calle donde vivía Oliver, me lo encontré esperándome en su portal, como siempre. Apagó de inmediato el cigarro que sujetaba entre los dedos, aplastándolo contra el alféizar de una ventana, y me sonrió, como si no hubiera pasado nada. Él tenía una simple regla: si yo no lo pillaba fumando, no había ocurrido. Aun así, le propiné un golpe en el hombro.

—Que te jodan —pronunció haciéndome una peineta.

—Qué humor... ¿Tan mal te han sentado las Navidades?

A mí las Navidades se me habían hecho larguísimas. Mi madre se había pasado todas las vacaciones encerrada en el hospital ejerciendo de enfermera.

Tengo la certeza de que cuando hay fiestas la gente se dedica a pensar más sobre sí misma —algo que, curiosamente, en su día a día no suelen hacer—, y, en consecuencia, acaban percibiendo todas las dolencias de su cuerpo. Añadir que el 70 por ciento de las personas buscan los síntomas en internet y el resultado siempre es el mismo: morir. Así que Marcos y yo terminamos pasando todas las Navidades solos en casa, espachurrados en el sofá, haciendo maratón de *Friends* y comiendo palomitas. De las saladas. De las buenas.

Tras las Navidades, volvían las clases. Los nervios a flor de piel, los reencuentros y, desgraciadamente, las endemoniadas pruebas para acceder a la universidad. Tragué saliva. Estaba asustadísima. Atemorizada. Alarmada. Como lo queráis llamar.

Si cualquier persona hubiera sabido cómo me sentía en ese momento se habría cachondeado de mí. «¿Lena Rose sintiendo miedo de unos exámenes? ¿Lena Rose? ¿La misma empollona que lleva sacando dieces toda la vida? Mientes», podía imaginarme que decían mis compañeros. Pero sentía un pinchazo de ansiedad cada vez que pensaba en la selectividad, y la razón era que aún no había decidido qué estudiar en un futuro.

Sí, la misma Lena Rose que tenía toda su vida planificada milímetro a milímetro en una agenda llamada *Nube* no sabía qué carrera elegir.

—Han sido horribles —sentenció Oliver mientras poníamos rumbo al instituto—. El capitalismo cada vez es más necesidad y menos lujo. Además, ¡me tocó el haba en el roscón de Reyes!

—Históricamente, si te tocaba el haba significaba que eras el rey de la mesa, porque...

—¡Cállate ya, Calabacita! —murmuró. Un vestigio de sonrisa cruzó sus labios.

Calabacita era mi mote; no era ningún misterio que se debía a mi cabello anaranjado. Sinceramente, a día de hoy aún tengo la duda de si era algo cómico —ya sabéis, para echarse unas risas— o algo adorable.

—Y dime, ¿cómo está Marcos? ¿Hecho un hombre? —preguntó mientras se pasaba una mano por su cabello, haciéndose el interesante.

—Solterón. Espero que virgen y prohibidísimo para ti —protesté.

—Vaya... Pensaba que colaría.

Le eché una mirada de soslayo. Oliver era unos centímetros más alto

que yo. Sus ojos rasgados oscuros eran antagónicos a su piel marfil. Su cabello había vuelto a cambiar de color; un lienzo de colores cálidos se anudaba entre sus mechones. Me recordó a los atardeceres que solía ver en el barrio del Carmel. Dos sillas en el balcón y Pilar, mi abuela.

—Por cierto, ¿has sabido algo de Verónica? —le pregunté cambiando de tema.

Él negó varias veces con la cabeza.

—Desde que dejó el instituto apenas ha vuelto a ponerse en contacto —susurró.

No quise indagar más en el tema, aunque tenía un nudo en el pecho. Verónica había sido nuestra mejor amiga. Ambos la echábamos de menos, pero, como decía Oliver, estaba jugando con nosotros al escondite y estábamos perdiendo.

No tardamos mucho más en llegar al instituto. La puerta principal estaba abarrotada de adolescentes. Hice una mueca cuando visualicé a las populares. Jolene encabezaba el grupo con su larga melena azabache. ¿No se aburría de peinarse cada día todo ese pelo? Con lo cómodo que era llevar la melena por encima de los hombros, a pesar de que la humedad me lo rizaba y acababa volviéndolo un estropajo.

—Lena... —Oliver bajó la voz—. Tengo algo que contarte.

—¿Y no has tenido todo el camino para abrir esa boca de charlatán?

—¡Joder! Es que no es fácil tratar ese tema cuando tú me estás explicando toda la trama de *Harry Potter* y sus *cementorios*, ¿sabes?

—*Dementores*.

—Como digas. —Volvió a tragar saliva. Le temblaban los labios—. Alek va a venir a este instituto. Odio mezclar la vida social con la familiar, y estoy *rayado*.

Puse los ojos en blanco.

—*Rallado* solo lo pueden estar los quesos, Oliver. Sobre todo, el parmesano. ¡No tú! —exclamé.

—¿En serio te has quedado con eso? ¡Eres insoportable! —me acusó con el dedo.

Hice oídos sordos.

—¿Quién es Alek? Tiene nombre de esquimal. ¿Viene de Alaska? ¿Es tu nuevo futuro marido?

Él me puso una mano sobre la boca para que me callara. Bufé silenciosamente.

—Alek es mi primo y va a comenzar esta semana en el instituto.

Y en ese momento no fui consciente de todos los problemas que conllevaría conocerlo. Sería como el estallido de una catarata; una avalancha de nieve.

Exagero.

Pero ¿qué iba a saber yo? Nadie me contó que es imposible organizarse la vida milimétricamente sin sucumbir en el caos.

Las tres reglas de Noel



Noel Martín

—El camarón pistola, aparte de ser el animal más ruidoso del planeta, también posee unas pinzas especiales que disparan chorros de agua a más de noventa y ocho kilómetros por hora. Además, dejan un rastro de burbujas que explotan a doscientos decibelios, suficiente para desorientar y asesinar a su presa.

—Creo que el que acabará desorientado y muerto voy a ser yo —murmuró Cristian mientras mordía un bolígrafo. Joder, cuánta razón tenía.

Bostecé por décima vez mientras intentaba estirar todo mi cuerpo en la silla. Era la última clase y estaba atrofiado. Mi culo parecía un cuadrado perfecto en vez de una pelota de fútbol, duro y redondo. Encima, la pierna derecha se me había dormido. La moví dando un pequeño golpe sin querer a Cristian, quien me miró con cara de pocos amigos.

—Lo siento —susurré.

Volví a alzar la vista. La empollona tocapelotas de la clase llevaba media puñetera hora hablando y su voz me taladraba el cerebro. Joder, ese día soñé con camarones pistolas, lo recuerdo. ¿A quién le importaba ese dichoso animal? Prefería los labradores o los dálmatas, los perros sí que eran bonitos.

Me froté los ojos con el dorso de las manos y dejé caer la cabeza encima del pupitre mientras, con un bolígrafo, intentaba hacer un agujero en la mesa. Qué tendrían los bolígrafos que eran tan imprescindibles en una clase aburrida. Te salvaban la vida.

Al levantar la vista, tuve que entrecerrar los ojos al ver que un rayo de luz se colaba entre las cortinas y teñía el cabello anaranjado de Lena Rose, incendiándolo. La había visto cuando había salido de casa. A ver, no es que fuera difícil distinguirla: era una mancha de colores entre los tonos fríos de Barcelona. Me pregunté quién debía de elegir su ropa. El turquesa y el rosa mezclados eran como una patada en las pelotas.

No era consciente de que había dejado de hablar cuando Blanca, la profesora de Biología, gritó mi nombre.

—Noel Martín, es usted el siguiente.

«Mierda.»

Levanté la mirada, más acobardado de lo que pretendía estar. Blanca era la típica profesora que tiraba tizas a los alumnos si no escuchaban.

—Yo...

—¿Usted qué? —protestó mientras entrecerraba los ojos.

Noté un nudo en la garganta.

—Esto... Pensaba que era para la semana...

Una melodía cortó mis palabras. Solté todo el aire que había acumulado cuando me di cuenta de que era el timbre del instituto. ¡Salvado por la campana! Me levanté como pude, soltando algunos gruñidos. Mi cuerpo pedía a gritos un café que lo ayudara a espabilarse. No niego que fuera adicto a él; tampoco lo afirmo. Esos últimos días mis venas parecían hechas de pura cafeína. Quedaban pocas semanas para que fueran las pruebas de baloncesto y era importante seguir siendo el capitán del equipo.

Cogí de un manotazo la mochila y, cuando quise salir por la puerta, una voz áspera me llamó.

—Señor Martín, ¿puede hacer el favor de venir un momento?

Me mordí el labio. ¿Qué habría pasado si hubiera dicho que no quería ir? Posiblemente me habrían expulsado. Nadie quería a un chico indomable en el instituto.

Arrastré los pies hasta donde estaba Blanca, que me esperaba en su escritorio de brazos cruzados. La llamaban *Fiona*, por su parecido con la temible ogra. Nariz ancha, ojos saltones rodeados de unas gafas de culo de botella, piel más verdosa que blanca y una mata de cabello blanco que solía estar recogido en un moño. Su voz retumbó por toda la clase cuando soltó sus pensamientos.

—Estoy hasta mis mismísimos santos ovarios de que no lleve el trabajo al día, señor.

Era flipante cómo mantenía su voz relajada pero amenazante. Tendría que explicarme cómo lo hacía.

—Es que no me ha dado tiempo —dije sin interés, mientras miraba el techo y apretaba los puños para no temblar.

—A la próxima, tendrá usted un punto menos en el examen final. Y, en mi opinión, debería comenzar a replantearse su vida. No pienso consentir que en su último año de instituto esté más atento a las goteras del techo que a las clases.

—¿Por qué no las arreglan? —pregunté. Ella cogió aire y se sentó en su silla mientras abría un archivador lleno de exámenes por corregir—. Me refiero a las goteras.

—Señor Martín, tiene usted dieciocho años y una vida por delante, no la desaproveche.

Tragué saliva. Salí de allí con la sensación de que me había deshinchado. Tal vez fuera que tenía hambre. Tal vez, que sus palabras me habían calado de alguna manera que aún no podía ver. ¿Tan perdido estaba? Meneé la cabeza de un lado para otro; era hambre seguro. Me vestí con mi mejor sonrisa.

Qué suerte que mi técnica de supervivencia fuera autoengañarme. Y qué mala suerte que me destrozara sin siquiera saberlo.

Me dirigí a la cafetería del instituto. Era una mera rutina que teníamos los estudiantes cuando terminaba la jornada intensiva. Aun así, decidí ir antes a mear.

El baño de chicos tenía pinta de que acabaría siendo un mausoleo de insectos abandonado, con telarañas en cada esquina y grafitis hechos con rotuladores de colores. Los vidrios rotos reflejaban la suciedad de los compartimentos. Cuando vacié mi vejiga sentí como si alcanzara la gloria.

Ensimismado en mis pensamientos, manifesté mi adoración al dios de poder mear tranquilo cuando no puedes aguantar más. Me subí la braguita y salí del cubículo. La verdad es que ese baño olía a muerto.

Me lavé las manos, intentando que el agua del grifo no me salpicara en la ropa. El chico que me devolvía el espejo tenía unas ojeras que le llega-

ban casi a la barbilla. «Qué mal aspecto, mierda.» Me mojé la cara con agua fría para espabilarme y me sequé las manos.

Justo cuando iba a salir, alguien abrió de un empujón la destartalada puerta. El golpe fue seco y doloroso. «¡Hostia puta!»

Un líquido espeso y rojo manchó el suelo y parte de mi rostro, entrándome en la boca. Joder. El sabor era asqueroso. Me dieron arcadas. Había sido un sinvergüenza de primer año que murmuraba un inaudible «lo siento».

—¿Acaso crees que mi nariz tiene un puto papel pegado encima que dice que la puedes golpear? Joder, ten más cuidado —vociferé mientras intentaba detener la hemorragia.

Él quiso hablar. No dejaba de tartamudear. Antes de que pudiera pedirme disculpas yo ya había parado más o menos el flujo de sangre y me había ido de aquel cuchitril. Mis tres reglas eran básicas. Fáciles de recordar. Difíciles de no cumplir.

La primera: no hablar con las personas que no se juntaran con los populares; la segunda, jamás mostrar mis sentimientos, y la tercera, que nunca descubrieran mis secretos.

Porque mi vida privada era una jodida mierda. Y porque yo era un monstruo.

Cuando entré en la cafetería del instituto, estaba infestada de gente. Algunos grupitos ya habían arraigado en los calefactores, criarían raíces allí. Enero había llegado cargado de ventiscas y lluvias, cubriendo los callejones de una fina capa perlada.

Pedí un café largo a Fran, el camarero del bar. También mi primo mayor. Era un secreto que desconocían la mayoría de las personas, por el simple hecho de que él no quería que lo compararan con un narcisista popular y yo no quería que lo hicieran con un inepto trabajador.

Tardó más en tomarme nota de lo que era normal. Lo hacía aposta, estoy segurísimo. Refunfuñé cuando atendió primero a varias personas que habían llegado más tarde. Me estaba helando.

Finalmente, me lo sirvió con desgana. Me giré dispuesto a irme, pero no, el día se presentaba aún más irregular cuando me choqué sin querer con un cuerpo menudo y esparcí el café por su cabellera zanahoria. ¡Mierda!

—¡Eres un zopenco! —chilló.

Mi corazón dio un brinco. Una sonrisa ladeada brotó en mis comisuras cuando vi quién era. Lena Rose, mi odiosa vecina.

La pelirroja no era un inconveniente, o eso pensaba antes de que me tirara su zumo de melocotón a la cara. La sonrisa desapareció. Los murmullos no tardaron en llegar, haciéndose más audibles según corría la voz. Me sonrojé de rabia. Lena acababa de convertirme en nada. Me mordí la mejilla para controlar la rabia. Ella... ella, que no era más que un cero a la izquierda.

Iba a abrir la boca, enfadado, cuando la chica más despampanante del instituto me cogió la mano. Jolene. La abeja reina. También mi novia desde hacía un año.

¿Nos queríamos? Permittedme dudar. ¿Nos utilizábamos? Sí. Éramos dos títeres jugando entre nosotros a ser populares, a pesar de que estoy seguro que ella tenía a su disposición la mayoría de las cuerdas, las cuales manejaba con malevolencia.

Me quedé atónito cuando los susurros de los jóvenes cesaron; ella había barrido la sala con sus ojos tan negros como el carbón. Brillantes como los de una serpiente. Ese era su don. Tener a todos bajo su dominio (menos a cierta pelirroja, que jamás nos había temido).

—No vale la pena discutir con semejante espécimen —susurró en mi oreja seguidamente.

—¡Por el amor de mi madre, Jolene! Si insultas, hazlo bien —chilló Lena mientras alzaba las manos cabreada. Su pelo mojado de café nos salpicó.

—¿Perdona? —contestó helada mi novia, con los brazos en jarra.

—¡Pues que tú también eres un espécimen! Que somos humanos, joder. ¿Es que no has estudiado Biología?

Varias risas inundaron la cafetería. Me armé de valor y cogí a Jolene, antes de que empezara una discusión estúpida. La saqué de allí y nos dirigimos al exterior. Arrugué la nariz. Hostia puta, olía fatal. Perfecto, ahora era un maldito melocotón andante.

—¡Qué niñata! ¿La has oído?

Chasqué la lengua. No podía admitir que el razonamiento de la friqui de Lena era cierto.

—Ya no se puede ni insultar tranquilo —terminé diciendo.

Jo me acompañó hasta mi moto. Me senté encima del sillín con los brazos cruzados, intentando parecer un chico malo. Habría estado bien que alguien me hubiera dicho que más que Zac Efron parecía un auténtico gilipollas. Hice un gesto con el dedo hacia ella para que se acercara; sin embargo, Jo meneó la cabeza, negándome ese placer.

—Aquí ya no hace falta fingir que somos pareja.

—Ya —refunfuñé—. Pero un poco de amor no le hace daño a nadie, ¿no?

—Primero quítate ese olor tan repugnante.

Jo era fría como el hielo. Mejor dicho, era la puta reina del hielo. Aunque sabía que en el fondo también tenía sus demonios, y que ella era pura fachada.

Suspiré apresuradamente. Ella acomodó su larga melena azabache en una deslumbrante coleta. Sus piernas largas vestían unas finísimas medias de seda negra y, a conjunto, llevaba una diminuta falda de cuero rojo.

Una jodida serpiente escarlata.

—A ver, ahora ubícate. —Puse los ojos en blanco—. Este viernes es mi cumpleaños. Como sabes, cumplo dieciocho, así que voy a hacer la fiesta más espectacular del año. Espero que ya lo tengas todo al día.

Mi cerebro explotó en ese mismo instante, quedando inservible. Eso sí es que había funcionado alguna vez en su vida, claro. Me había olvidado por completo del cumpleaños de Jolene. Mi puñetera novia falsa. Su fiesta era la más esperada entre los alumnos.

¿Quién no quería alcohol y sexo una noche entera?

—¿Qué tengo que tener al día? —fingí.

—Mi regalo, obviamente. Si quieres seguir a mi lado, ya sabes qué hacer... —renegó antes de echarme un beso en el aire—. Nos vemos mañana, cariño.

Si dijera que en ese momento mi corazón palpitaba, mentiría.

Sabía que cada año le regalaban cosas impresionantes. Jolene tenía demasiadas esperanzas puestas en mí, pero, obviamente tampoco le podía decir que si no tenía el dinero suficiente para comprarme un móvil nuevo, menos aún para hacerle un regalazo.

Mi familia no era precisamente adinerada. Tampoco cariñosa, para qué negarlo.

Observé el cielo, que se teñía de un gris amenazador. Apreté los puños. «No puede ir a peor», murmuré. Pero todavía me quedaba mucho por vivir y la vida no estaba para hostias.